

Lázaro Covadlo le aprieta las tuercas al ideal revolucionario

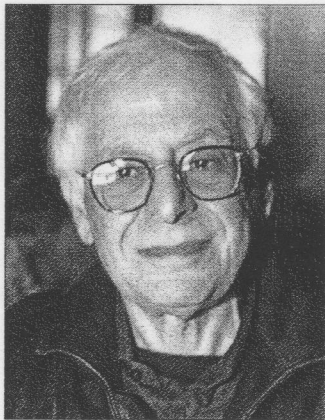
Regresa a la novela con 'Las salvajes muchachas del partido'

MATÍAS NÉSPOLO / Barcelona

En tiempos de corrección política y discurso único resulta fácil caer en la nostalgia blanda y descafeinada de idealizar las gestas revolucionarias de principios de siglo. Más aún si tu abuelo luchó en el Ejército Rojo y eras joven en los politizados años 70. Pero el argentino, radicado en Sitges, Lázaro Covadlo no cae en la trampa.

«Tuve una participación activa en varios movimientos políticos argentinos y atravesé los procesos de ilusión y desilusión», confiesa el escritor de culto de *Agujeros negros* y *Animalitos de Dios*. Y algo de esa fría decepción rezuma su última novela, *Las salvajes muchachas del partido* (Candaya), pero atemperada de humor e ironía.

Baruj Kowadlo, el abuelo del escritor cuyo apellido deformaron las autoridades de inmigración argentina a principios de siglo, era un anarquista judío que huyó de la



Lázaro Covadlo. / ANTONIO MORENO

Rusia zarista de los pogromos. En Buenos Aires ejerció todo tipo de oficios, incluidos el de contrabandista, rufián y revolucionario. Al estallar la Revolución de Octubre volvió a su tierra a luchar por la causa, en la caballería roja a las ór-

denes del antisemita Budioni. Y ahí se le pierde el rastro del Baruj histórico que, o bien murió en el frente o fusilado por los suyos.

Ésa es la historia de base de la que parte Covadlo para desarrollar una monumental novela de aventuras, protagonizada por un ficticio Baruj Kowenski que, tras su periplo bolchevique acaba combatiendo por la República española. Y en la peripecia se cruzan personajes históricos como Perón, Roberto Arlt, Isaak Babel, Trotsky o Stalin con puras invenciones.

«Extraigo minerales de la mina autobiográfica», reconoce el autor de *Criaturas de la noche* que respetó hechos, cronologías y localizaciones históricas. «Pero todo lo que no sabía de mi abuelo simplemente me lo he inventado», confiesa. Y como lo suyo es la ficción se permitió algunas licencias. «Aparece el legendario mariscal Zhukov en le frente polaco porque

me apetecía escribir sobre él, aunque se sabe que nunca estuvo allí, sino que luchó en Crimea», aclara. Otro personaje real que al que le dedica sus buenas páginas es Félix Dzerzhinsky, el creador de la Cheka, pero no para dejarlo bien parado, precisamente.

En el fondo, Covadlo respeta la estatura humana y las contradicciones vitales de cada una de sus creaciones o recreaciones, ya se trate de un personaje de ficción o de uno histórico. Pero en donde no transige es en la simple idealización revolucionaria entre bolcheviques, anarquistas y utópicos que protagonizaron la primera época de la Revolución Rusa. «Eran personajes fascinantes, abnegado y llenos de coraje», concede. «Pero a la vez, eran también unos verdaderos fanáticos o fundamentalistas ateos de una crueldad tremenda, con una absoluta falta de respeto por la vida propia y ajena, que acabaron liquidándose entre sí».

Ese contraste entre «ferocidad y humanismo» es el que pone a caldo Covadlo, con buenas dosis de humor e ironía, truncando la épica revolucionaria en una descabellada novela de aventuras, «como las de Dumas o Verne que leía de pequeño», confiesa.